

LOS HOMBRES QUE MIRABAN FIJAMENTE... A LAS MUJERES

Hay preguntas que sólo encuentran respuesta en la mirada del otro. Aquí planteamos una que nos hacemos muchas mujeres. ¿En qué se fijan ellos cuando nos miran a... los ojos? He aquí las REFLEXIONES de algunos hombres buenos. Por Paloma Leyra.

LOS PIES

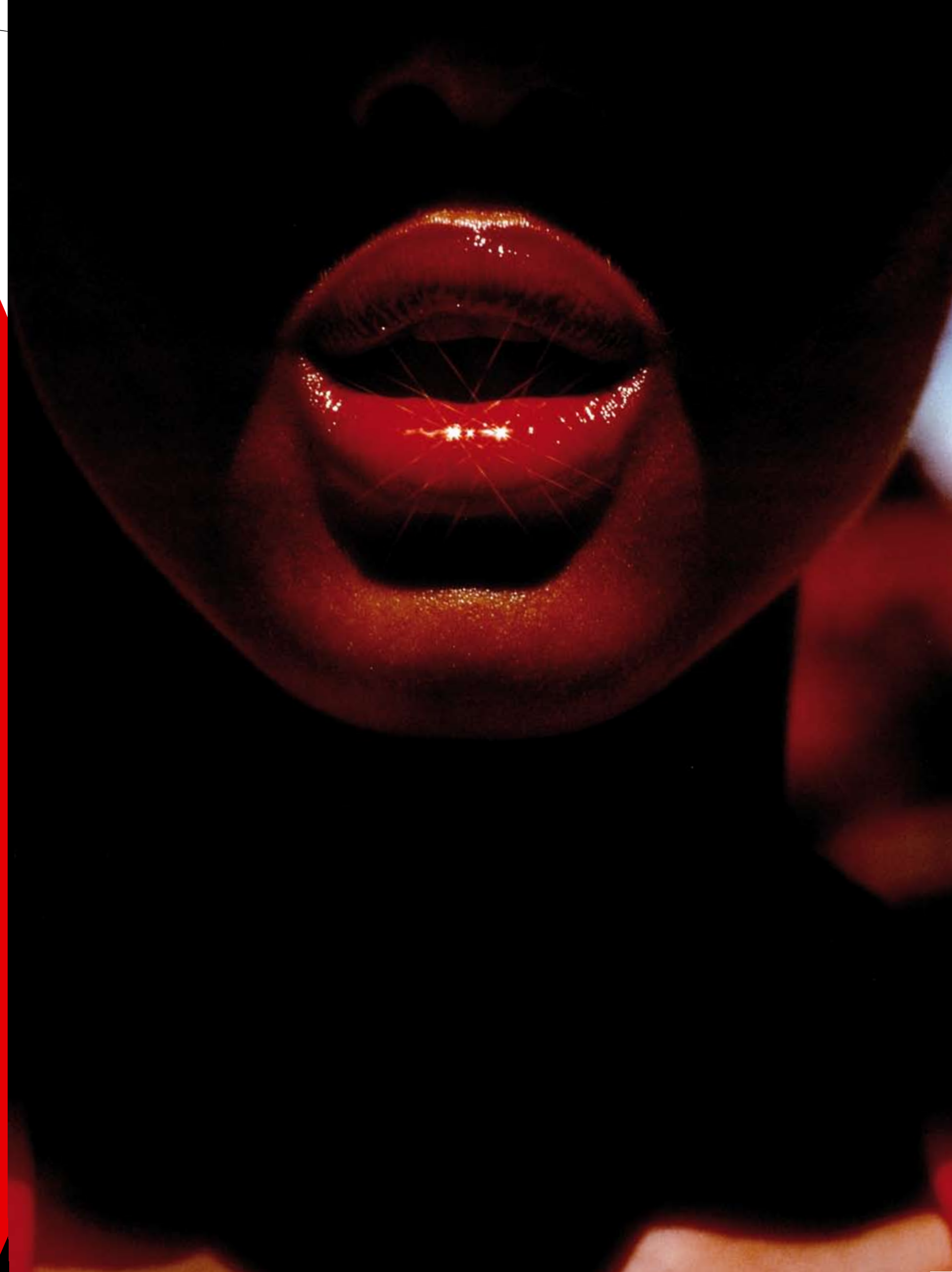
Manuel Rivas, escritor

'El despertar de la criada', cuento inédito.

Dudó si entrar o no. Y también su cuerpo se movía en la indecisión. El corazón bombeó una valentía enrojecida a la piel del rostro y luego se acobardó. Palideció. Un bedel salió al paso nada más empujar ella la puerta. Y la miró desde lo alto de su estatura: Y a ella le vino a la cabeza una palabra desconocida. La estatura del bedel era gendármica. Más todavía cuando el portero tradujo esa mirada en palabras:

-¿La carta de autorización, señorita?

No, no tenía ninguna carta. Traía un recorte de prensa. Antes de subir las escaleras, lo sacó del bolso, pero la mano había ido haciendo con él una bola para calmar los nervios. Acostumbraba a amansar así los desasosiegos. Tenía esa tendencia. Con el papel, con la masa de la harina con la arena húmeda de fregar la cocina de hierro.



-Vengo a ver las pinturas del señor Sivori –dijo ella intentando aparentar naturalidad. No pensé que hiciese falta una carta especial.

La puerta era de la Sociedad de Estímulo de las Bellas Artes, de Buenos Aires.

-Así es normalmente, pero este caso es una excepción: La junta directiva decidió restringir la entrada a socios y a personas autorizadas.

-Es sólo para echar una mirada –dijo ella. He venido andando desde Caballito...

-Si usted tiene noticia de la exposición, sabrá también de las circunstancias.

-No –mintió ella. ¿Qué circunstancias?

-Digamos que hay un cuadro que no se puede ver –dijo el bedel con cierta impaciencia.

-¿No se puede ver? ¿Está prohibido?

-Para usted, sí: Sin autorización, no se puede ver.

-¿Y es tan escandaloso ese cuadro?

-Depende de cómo se mire –dijo él sorprendido por la pregunta. Mire, yo no entiendo: Yo sólo cumplo órdenes.

-Sólo es una mujer desnuda, ¿no es así?

-Ya veo que sabe de qué va la cosa. Así que no insista. Por favor, deje la puerta libre.

Ella se echó a un lado. Subía los escalones de la Sociedad de Estímulo un grupo de gente elegante con un murmurar excitado. Eran dos varones y tres mujeres. La más joven tendría su edad. El bedel recibió a los visitantes con una serie de contenidas inclinaciones que más parecían una forma de contarlos que de agradar con reverencias. Ella se dio cuenta de que su presencia lo estaba poniendo tenso.

-Esta gente pasó sin carta ni nada.

-Se da la casualidad de que esta gente son socios creadores de la Sociedad de Estímulo.

-¿Y usted es creador?

-Bien, llevo aquí desde la fundación, desde 1876.

-¿Y no tiene poder para dejar entrar a una criada?

El bedel no entendió a qué venía aquella pregunta absurda. Ahora sí estaba incómodo. Enojado. De vez en cuando le caía por allí una loquita. Pero por lo menos pretendían ser artistas, no criadas.

-Déjeme en paz. ¿Por qué no se va? Está cayendo la noche y si tiene que llegar a Caballito...

-¿Le parecen de verdad feos los pies?

-¿Los pies? ¿Qué pies?

-Los de la mujer desnuda. Los de la criada. Estos.

-El cuadro fue hecho en París –murmuró él.

-Sí, *Le lever de la bonne*. Allí fui yo con la familia Sivori. Hasta que me mandaron de regreso. Y no me pregunte el porqué.

El bedel bajó la mirada y contempló los pies que ella acababa de liberar de los zapatos. Por un momento le pareció que encontraba la llave de la misteriosa conversación. Pasaba las horas mirando hechizado el cuadro de *El despertar de la criada*, de Eduardo Sivori, y reconoció la naturaleza inconfundible, los grandes pies descalzos, el rudo erotismo, la deforme hermosura. Esos pies que tanto escandalizaban a los comentarista entendidos en arte de revistas y periódicos, en el Buenos Aires de 1896. Mataría por ellos. Por los pies del cuadro.

-Por favor, déjeme ver mi retrato –le rogó ella.

-Sin autorización, no puede entrar.

Y cerró la puerta a la mujer descalza, que fue menguando por los escalones abajo hasta desaparecer en el azogue de la noche.

La última novela de Manuel Rivas, ‘Todo es silencio’ (Alfaguara) será llevada al cine por José Luis Cuerda.

LOS BRAZOS

Mikel Urmeneta, artista

La belleza es el dolor definitivo. Es morir de gusto. Hay veces que contemplando a una mujer te apetece dejar de existir. No se puede soportar. ¿Y dónde está esa belleza mortal? Pues depende. A veces es un algo, y otras un todo. A mí el camino que va desde la parte de atrás de una oreja pequeña o divertida, recorre un cuello no muy largo pero fino, se detiene en una clavícula marcada que lleva a un hombro circular y poderoso para lanzarse vertiginosamente por un suave y musculado brazo infinito hasta llegar a una mano que ralentiza el tiempo con cada movimiento... me vuelve loco. Si el camino es todo lo bello que yo sé, aunque no sepa describirlo, es muy difícil que esa mujer no sea la hostia; de especial, de elegante, de sensible, de guapa y de cuerpazo.

Si además la postura de sus brazos tiende a tener los codos pegados al cuerpo y los antebrazos elevados, y los despliega en recto –como en cámara lenta– para alcanzar las cosas con esa fragilidad entre tímida y contundente que tienen las mantis, esa mujer insecto, a un yeti delicado como yo, le mola. Muchísimo.

Qué pena que el sobaco se llame así o se llame también axila, que es casi peor. Y qué pena que tenga tan mala prensa, porque para mí es una zona mágica de erotismo concentrado. Sensible, cóncavo, caliente. Húmedo. Y qué decir de esas frentes limpias y luminosas con forma de trapacio en las que al norte el pelo nace brillante con un pequeño pico en el centro y al sur descansan llenas de información unas cejas inteligentes. Esas pocas frentes que cuentan mucho más que todos los ojos, me encantan. Y los muslos vestidos y los culos desnudos. Y viceversa. El comienzo de una ingle o la raya vertical que parte una tripa en dos. Ese labio superior que aun mirando hacia arriba descansa –sobresaliendo levemente– sobre el inferior. Y a mí me gustan las ojeras –algunas– y los ojos enrojecidos y brillantes –algunos. Las tetas me ponen, pero no me matan.

Mikel Urmeneta es el creador de Kukuxumusu.

LAS TETAS

Javier Sádaba, filósofo

¿La belleza femenina? Para mí es una redundancia... No es una parte, sino muchísimas o tal vez la armonía de todas ellas. Pero yo voy a ser poco original y nada rebuscado: Lo que más me llama la atención son los pechos. Por varias razones. La primera, porque lo relaciono con mi mujer, a la cual quiero mucho mucho, y sus pechos me causan una enorme satisfacción. También es el hilo conductor con la madre naturaleza, en este caso encarnada en mi madre. Y finalmente trascendiendo lo personal a mí, me parece que la exuberancia de la naturaleza a través de la mujer se expresa precisamente en los pechos. Sin connotación negativa alguna. Todo lo contrario, me gustaría entenderlo casi en los términos de las películas de Fellini, como el cordón que nos une al corazón de la naturaleza, al corazón del mundo. En ese sentido, los pechos me parecen la manifestación de la diosa madre, pero no en términos míticos, sino reales, que con su poder nos acoge. Y cuanto más exuberantes, mejor.

PD: He dicho pechos... pero me refiero a las tetas, que aunque es una palabra que puede quedar pelín vulgar, es menos abstracta... ¿no? *Javier Sádaba acaba de publicar ‘El amor y sus formas’ (Península).*

LOS PEZONES

Agustín Fernández Mallo, escritor

Cualquier pezón, si se mira bien, es un territorio absolutamente lejano y misterioso, y esa, y no otra, es la definición de planeta. Tiene diferentes texturas según te aproximas a la cúspide del cráter; podrías sentarte

allí arriba, con los pies colgando, y observar cosas que aún nadie ha visto [a eso se refería el Replicante de *Blade Runner*]. Cualquier pezón tiene un aspecto muy artesanal e imperfecto, parece estar modelado con los dedos, o con la oquedad de una ventosa. Hay arcos de juguete que tienen flechas cuya punta son ventosas, y cuando paso por delante de una juguetería suelo pensar que los pezones de la mujeres los hizo algún dios disparando esas flechas contra sus pechos. Después me río de esa tontería, pero en realidad me la creo. Los pezones son muy sensibles a los cambios de temperatura, son mercurio, y se contraen al más mínimo roce, como los caracoles, y a mí me gustan mucho los caracoles, son maravillosos los caracoles. Pero, sobre todo, los pezones tienen una frontera difusa, que se llama areola, y no creo que haya en el cuerpo otra zona con tantos matices. Si observas bien esa frontera, te das cuenta de que el pezón no era un planeta, sino algo mucho mejor: la areola se te aparece como el resplandor de la Luna cuando está llena.

Su próximo libro es ‘El hacedor (de Borges), Remake’ (Alfaguara).

LA MIRADA

Joaquín Reyes, actor y cómico

Lo que más me gusta de una mujer son las tet... los ojos. Cualquiera de los tres. ¡Oh! ¡lo siento! Soy un cómico y no sé cuándo parar. Si me lo permitís me gustaría empezar otra vez.

Lo que más me gusta de una mujer es la mirada. Es misteriosa y enigmática, sobre todo si es miope. A veces parece decirte muchas cosas, como: “Te quiero”, “En qué momento!” “Sin duda es lo que estaba buscando” o “¿Por qué esperas a que diga las cosas para hacerlas? Debería salir de ti?”.

Sin embargo otras veces es algo indescribable, sobre todo si va acompañada de un prolongado silencio. ¿Qué sucede mientras tu pareja calla y te mira? Nunca lo sabes, es un momento hermoso y desconcertante que casi siempre termina con una escena de amor arrebatado, o no. El silencio de una mujer es como el continente africano, nada que ver con el silencio de un hombre, porque mientras la mente de una mujer es un abismo insondable, en la cabeza de un hombre hay... un bizcochito bailando.

Pues eso, que lo que más me gusta es la mirada.

Joaquín Reyes es uno de los actores de ‘Muchachada Nui’. Actualmente protagoniza la serie ‘Museo Coconut’ en el canal Neox.

LAS MANOS

Ramón Freixa, chef

Las manos me fascinan porque expresan muchas cosas que otras partes del cuerpo pueden disimular y además no se pueden operar. Están llenas de signos, de arrugas, de durezas... También me fijo mucho en los ojos. Como sucede con las manos, uno puede esconder cosas, pero con las manos y con la mirada averiguas mucho de la gente. Me gusta fijarme en los gestos, porque me gusta la belleza natural y serena, y esta se descubre en la mirada y las manos. A mí siempre me han gustado las manos finas, supongo que es porque así son las de mi madre: manos de dedos finos, manos de pianista. Ella ha trabajado toda la vida con mi padre en el restaurante, y tiene unas manos trabajadas, pero muy bonitas. Imagino que el patrón de la belleza, como de otras muchas cosas, uno las encuentra en su madre. En mi vida hay mujeres importantes, como mi hermana, pero sobre todo he admirado a mi madre y a mi abuela. Mis abuelos eran panaderos, y mi abuela fue abuela con 43 años solamente, así que fue como una segunda madre para mí. Las dos son mujeres de esa generación de mujeres con carácter: que podían con todo, que tiraban para delante, que mandaban. Mi abuela, todavía hoy me dice que me acabe la comida del plato. Y me parece genial. Yo las llamo las “señoras

grandes”. Las matriarcas. Como Sofia Loren o Gina Lollobrigida.

Ramón Freixa tiene dos estrellas Michelin en su restaurante de Madrid, y dirige Ávalon en el Gran Hotel Central y Freixa Tradició, en Barcelona.

LA SEGUNDA MIRADA

Toni Segarra, publicitario

Los hombres que miramos fijamente a las mujeres acabamos descubriendo a mujeres muy interesantes mucho después de haberlas mirado por primera vez. Quiero decir que uno no mira fijamente a las mujeres obviamente hermosas, a las mujeres estratosféricas que un vulgar vistazo nos revela en todo su esplendor. Las miras, claro que las miras, pero no fijamente. Porque no es necesario.

En cambio uno sí mira fijamente a las mujeres de su alrededor, esas en las que supuestamente cuesta reparar. Una compañera de la oficina, la chica del autobús que está ahí siempre a la misma hora, la mamá que recoge a su hijita cada tarde, la cajera del súper. Las miras fijamente sobre todo porque están ahí, porque son las mujeres reales, las de verdad, las que nos rodean. Y de tanto mirar fijamente acabamos descubriendo cosas que no se descubren si no se mira fijamente. Suelen ser imperfecciones, qué sé yo, arrugas, tics, gestos, muecas, desproporciones que tienen su gracia, que bien miradas, miradas fijamente, tienen mucha gracia.

Hay un día que de tanto mirar ya no ves lo mismo. Y te encanta lo que ves. Suele coincidir con un cambio imperceptible, del que quizá no eres consciente. Desde lo más evidente (un nuevo peinado) hasta lo más sutil (el brillo en la mirada de la tristeza, o de la ira). Pero sin saber por qué ese día la ves por fin.

“Hoy estás diferente”, dices. “Te noto diferente”, dices.

Y ya nunca más puedes dejar de verla así.

Toni Segarra es Director Creativo de SCPF..., la agencia que maneja la publicidad de BMW, Ikea, Vueling o Evax. Ha publicado el libro ‘Desde el otro lado del escaparate’ (Espasa-Calpe).

LAS CADERAS

Carlos Boyero, crítico de cine

Leonard Cohen decía: “Jurabas que sólo te ponen los tíos buenos, pero conmigo hiciste una excepción”. Como él, yo agradezco enormemente que las mujeres hermosas hicieran conmigo sus excepciones.

Podría ser muy lírico hablando de mujeres, pero soy muy carnal y prosaico. De una mujer me llama la atención que tenga formas y que sea sexy, que se mueva bien –eso tan vulgar del movimiento de caderas, que a otras personas les parece impostado– a mí me atrae muchísimo. Pero también me gusta la elegancia. . . Vaya, me gustan las tías buenas.

Cuando era pequeño, tenía fijación como todos por las tetas, debe haber algo psicoanalítico en ello, pero entiendo lo de Fellini, y el sueño de que cuanto más grandes, mejor. Con el tiempo aprendí a disfrutar la visión de los culos, y por supuesto me fascinan algunas miradas, pero eso viene después... Lo primero que funciona es el deseo, y aunque yo he apelado al sexo muchas veces, supongo que lo que va buscando uno en el fondo es algo que se llama amor, y no me preguntes qué es porque no lo tengo claro. Leo Ferré decía: “Lo que amo de ti es lo que yo imagino”. Amor es lo que palpo, lo que sudo, lo que veo y lo que imagino. Lo que mata no es la belleza, es el amor. El amor te da vida y te funde, y no hay nada más terrible que el final del amor. Pero comer y beber y disfrutar de una película amando y sintiéndose amado y bien follado es lo más grande que puede ocurrir en la vida, al menos es lo que me ha ocurrido a mí.

Follar está muy bien, pero lo otro es la hostia.

Carlos Boyero es crítico de cine y actualmente trabaja para ‘El País’. ■